caron más de ocho carros de lo que el agua había traido» (1).

En tanto la pacientísima Madre animaba como podía á las religiosas, excitándolas á padecer por amor de Dios, que tal prueba les enviaba, y ofrecería gustosa la vida porque quedaran á salvo las de sus amadas hijas.

Acabada la fundación de Burgos á pesar de todos los artificios del infierno, quisiera la Santa, antes de salir de esta ciudad, tener negociada la licencia para la de Madrid. Para ello escribió al Cardenal Quiroga, el cual tuvo por conveniente dilatarla hasta la vuelta del Rey, que había ido á tomar posesión del Reino de Portugal. Pero como se prolongase demasiado su estancia en Burgos, y S. Ema. no se decidiese, pensó en atender á otras necesidades. Ocurriósele que con motivo de las escrituras hechas para asegurar la renta del monasterio, podía con el tiempo originarse algún pleito, y venir desasosiegos. Para evitar este inconveniente, pareció á ella y al P. Provincial renunciarlas en la generosa Catalina, teniendo por mejor confiar en la Providencia Divina, que no dar ocasión á disgustos de familia. Hízose con mucho secreto á fin de que el Arzobispo no lo entendiera, porque tuviéralo por agravio. En verdad que no era pequeño para el monasterio, porque con la fama que tenía de poseer renta, pudiera verse en grandísimo aprieto. Esperaba la Santa que no les había de faltar, y que el Señor despertaría quien las atendiese con limosnas. Pensando en esto una vez después de comulgar, díjole su Majestad: *En qué dudas, que ya está todo acabado; bien te puedes ir*. Quedó tranquila con las dichas palabras, y segura de que no les había de faltar. Viendo no ser ya necesaria su presencia en Burgos, trató de la partida.

(1) Escrit. de S. Ter. t. II. p. 423.

CAPÍTULO XXII.

Presúmese que la esclarecida fundadora tenía noticia del año en que había de morir.—Es insultada en Valladolid por un abogado.—Fervorosa plática con que se despidió de sus hijas.—Recibe en Medina del Campo orden para que vaya á Alba.—Trabajos del viaje.—Llega á dicha Villa exhausta de fuerzas.—Ultimos días de la Santa.—Muere á impulsos del amor.—Bellísima descripción de la Madre Teresa.

Ya tenemos á la anciana Madre tocando con el fin de su existencia, pero en los pocos días que le restan de vida, no han de escasear, disponiéndolo así su Majestad, los trabajos que acabarán de labrar la corona, que ceñirá triunfante en la gloria. Por lo visto no estaba ignorante del año en que había de morir, pues, preguntada en Medina el 1574 acerca de la edad que tenía, respondió haber cumplido cincuenta y nueve años. Y á continuación, con disimulo y en voz baja, aunque de manera que lo pudo entender Isabel de Jesús, añadió: *para sesenta y ocho ¿cuántos faltan?* Este y otros indicios nos mueven á creer que el Señor, en medio de aquella amistad tan

grande que tenía con su Sierva, especialmente después de celebrado el matrimonio espiritual, habíale revelado con bastante anticipación el año en que, desligada de las ataduras de la carne, celebraría con el Cordero las bodas eternales. Por eso, sintiendo nuestra Madre próximo el fin de su vida, y que había de dejar para siempre los monasterios de su amada Descalcez, vésela atender más solícita que nunca á las necesidades así espirituales como temporales que con frecuencia ocurrían. La observancia que ella con su doctrina y ejemplo había establecido, queríala dejar bien sentada, y sobre todo la virtud de la obediencia. Con ser tantos los monasterios fundados, y tantas las monjas que los habitaban, á todas acudía de igual manera, y cuando era preciso reprender, reprendía, y cuando convenía consolar, consolaba.

Á últimos de Julio del 1582, despidióse tiernamente de sus hijas, como quien presentía que ya no se volverían á ver en la tierra. Según el itinerario propuesto, debía primero pasar por Palencia, Valladolid y Medina; detenerse luego en Ávila con el fin de dar la profesión á su sobrina Teresa, la hija de D. Lorenzo, y arreglar otros negocios del monasterio; y partir por último á Salamanca y Alba. En Palencia detúvose algunos días, desde donde escribió varias cartas. Llegada á Valladolid, tuvo harto que padecer con la suegra de su sobrino Francisco de Cepeda, la cual quería poner pleito á fin de anular el testamento de D. Lorenzo con perjuicio del monasterio de S. José de Ávila. Un abogado, que sin duda favorecía las pretensiones de dicha suegra, tuvo la osadía de insultar á la Santa, diciendo que no era la que aparentaba ser, y que muchos de entre los seglares daban pruebas más reales de virtud que ella, y otras sandeces por el estilo. Tenía esto sin cuidado á la mortificada y humildísima

Madre, y así oía tales despropósitos, cual si fuera la música mejor cencertada. Sin enojarse ni dar muestras de alteración alguna, respondió al indiscreto abogado con mucha gracia: *Dios pague á vuestra merced el favor que me hace.*

Venido el momento de ausentarse, juntó á todas las monjas, y después de darles tiernísimo abrazo de despedida, hízoles la siguiente plática: «Hijas mías, harto consolada voy de esta casa por la perfección que en ella veo de pobreza y caridad que unas tienen con otras. Procure cada una que no falte por ella un punto de la perfección de la Religión, y, ¡ay de aquella por quien esto cayere! No hagan los ejercicios por costumbre, sino haciendo actos heróicos cada día de mayor perfección. Dense á tener grandes deseos, que se sacan grandes provechos, aunque no los puedan poner por obra» (1). Provechosísimos consejos que quedaron bien grabados en los corazones de aquellas fervorosas religiosas, para no aflojar en la perfección que profesaban.

Á mediados de Septiembre llegó la Santa á Medina, y desde aquí dirigió á Catalina de Cristo, Priora del monasterio de Soria, la última carta que de aquella se conserva escrita. Por ella sabemos que aun no había perdido las esperanzas de hacer la fundación de Madrid, y que pensaba detenerse poco en Ávila; porque las de Salamanca no acertaban á dar un paso en la compra de la casa sin la discreta Fundadora. Pero el Señor tenía determinada otra cosa, y la obediencia vino á torcer el curso del viaje, para que al fin muriera en el monasterio de Alba.

Encontrábase en cinta la Duquesa Doña María Colona Enríquez, y dándose por feliz si pudiera gozar de

(1) Crón. L. II. c. XVIII. n. 7.

la compañía de la Santa, alcanzó del Vicario Provincial de Descalzos, el P. Antonio de Jesús, la promesa de encaminarla para Alba, antes de que fuese á Ávila. En llegando nuestra Madre á Medina, donde la esperaba dicho P. Antonio, recibió orden de ir á cumplir con la Duquesa. La Santa, siempre dócil á la voz de la obediencia, sin reparar en que este inesperado viaje, además de ser enojoso por su objeto, desconcertaba todos sus planes, no pensó sino en obedecer, y al día siguiente de llegar, partióse para Alba.

La V. Ana de S. Bartolomé, que la acompañaba, refiérenos cuán penosa fuese esta jornada. Á la mañana, dice, nos partimos sin llevar ninguna cosa para el camino, y la Santa iba mala del mal de la muerte; y todo este día por el camino no pude hallar ninguna cosa para darle de comer. Y una noche, estando en un pobre lugarcillo, no se halló cosa que comer, y ella se halló con gran flaqueza y díjome: *Hija, deme ella si tiene algo, que me desmayo.* Y no tenía cosa, sino unos higos secos, y ella estaba con calentura. Yo dí cuatro reales que me buscasen dos huevos, costasen lo que costasen. Cuando ví que por dinero no se hallaba cosa, que me lo volvían no podía mirar á la Santa sin llorar de verme en tal aprieto; que la veía morir, y no hallaba cosa para acudirla. Y ella me dijo con una paciencia de un ángel: *No llores, hija, esto quiere Dios ahora.* Como se acercaba la hora de su dichoso tránsito, de todas maneras la ejercitaba el Señor, mas ella lo llevaba como siempre, como santa. Yo padecía más como menos mortificada, que era menester que la Santa me consolase, y me decía que no había de qué tener pena, que ella estaba contenta con un higo que había comido» (1).

(1) Escrit. de S. Ter. tom. II. p. 423.

Fatigada, calenturienta y exhausta de fuerzas, llegó por fin á Alba el 26 de Septiembre á las seis de la tarde. Cuando supo que la Duquesa había ya parido, exclamó con cierto donaire: ¡Gracias á Dios! Con eso verán que ya no hace falta la Santa. Recibiéronla sus hijas con mucha reverencia y amor filial, y viéndola tan enferma, hiciéronla acostar. La Santa, viéndose obligada á hacer cama, dijo: *Oh válame Dios, hijas, y que cansada me siento: más ha de veinte años que no me he acostado tan temprano como ahora; bendito sea Dios que he caido mala entre ellas.* Á otro día se levantó, y anduvo mirando por la casa, y comulgó con mucho espíritu y devoción. Lo mismo hizo, aunque con grandísimo trabajo, los ocho días siguientes, sin dejar de rezar el oficio divino. Llegóse la fiesta de S. Miguel, y después de haber comulgado, faltáronle notablemente las fuerzas, acrecentáronse los dolores, y ya ningún caso hacía de las esperanzas que los médicos le daban de sanar. Por mostrarse en todo obediente, sometióse á las penosas prescripciones de los facultativos, que la recetaron unas ventosas sajadas; operación dolorosísima que sufrió con admirable paciencia y alegría.

En este tiempo que estuvo enferma, cuenta la M. María de S. Francisco «que mandaron los médicos se le echase una medicina de aceites de la botica, todos de malísimo olor; y al tiempo de recibirla, se derramó toda por la cama de la Santa, y en este punto acertó á llamar la señora Duquesa de Alba la vieja..... Congojóse mucho la Santa por ver que venía á tan mal tiempo, por causa del mal olor, y yo le dije:—No tenga pena, Madre, que antes huele como si la hubieran rociado con agua de ángeles..... En entrando la Duquesa se sentó luego y comenzó á abrazar á nuestra Santa Madre, y juntarla la ropa, y ella la dijo:—No haga V. Exca. eso, que huele muy mal, con unos remedios

que aquí me han hecho; la cual respondió:—No huele sino muy bien; y antes me pesa que le hayan echado aquí olor, que no parece sino que se ha derramado aquí agua de ángeles, y le puede hacer mal...» (1).

Tres días antes de morir, envió á llamar al Padre Antonio de Jesús para que la confesara. Conociendo este Padre que la Santa se iba sin remedio para la eternidad, fué tal su pena, que arrodillado á los piés de la cama dijo: Madre, pida al Señor no nos la lleve ahora, ni nos deje tan presto. Á lo cual ella respondió: *Calle Padre, ¿y vos habéis de decir eso? ya no soy menester en este mundo.* Víspera de S. Francisco á las cinco de la tarde, pidió le administrasen el Santo Viático, y mientras llegaba, estando las religiosas rodeando el lecho, con la aflicción y desconsuelo que se deja entender, les dirigió las siguientes palabras: *Hijas mías, y señoras mías, por amor de Dios les pido tengan gran cuenta con la guarda de la regla y constituciones, que si la guardan con la puntualidad que deben, no es menester otro milagro para canonizarlas, ni miren el mal ejemplo que esta mala monja les ha dado, y perdónenme.*

Á este punto llegó á la celda el Divino Huésped, objeto único de su amor y centro de sus esperanzas. De presto sintióse extraordinariamente inflamada en ardentísimo amor con tales ímpetus, que con estar desfallecida, que no se podía mover, arrodillóse con ligereza, y se habría arrojado al suelo, si las que la asistían no lo impidieran. Su rostro se puso encendido con grandísima hermosura y resplandor, y dirigiéndose á Jesús Sacramentado, prorumpió en tiernísimos y amorosos coloquios, que á todos ponía devoción. *Señor mío y Esposo mío,* decía, *ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya que nos veamos, amado mío y Señor mío; ya es tiempo de caminar; vamos muy enhorabuena; cúmplase vuestra voluntad; ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro, y mi alma goce unida con Vos de lo que tanto he deseado.*

(1) Escrit. de S. Ter. t. 2. p. 394.

Juzgando el Prelado que no le estaría bien continuar hablando de aquella manera, ordenóla que callase, y la Santa obedeciendo recibió en su pecho al amado de su alma. Lo que entonces diría al Divino Esposo no es para lenguas humanas el poderlo expresar. Dábale rendidas gracias por haberla hecho el inapreciable beneficio de ser hija de la Iglesia Católica, y de morir sumisa en ella; y muchas veces se le oía repetir: *En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.* Pedía humilde perdón de sus pecados, y con grandísima confianza decía: *Que por la sangre de Jesucristo había de ser salva.* Á imitación del grande Agustín, desahogaba su pecho con aquellos versos del *Miserere* que son la espresión más sincera de un alma contrita y humillada: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies. Ne projicias me á facie tua... Cor mundum crea in me Deus...* Los cuales versos vueltos al romance, como la Santa hacía, quieren decir: *Sacrificio agradable es para Dios el espíritu atribulado. Señor, no desprecies el corazón contrito y humillado. No me eches de tu presencia, y no apartes de mí tu santo espíritu. Cría en mí, Señor, un corazón limpio y puro.*

Pidió después le administrasen el Sacramento de la Extremaunción, con el que el alma cristiana se acaba de fortalecer, y á las nueve de la noche recibió los últimos auxilios que la iglesia ofrece á sus hijos, respondiendo ella misma á las preces y oraciones que en tan imponente acto se recitan. De nuevo dió fervorosas gracias á Dios, y quedó gozosísima, esperando el mo-